

1

Pentecostalismo y transformación social

Más allá de los estereotipos

Muchos han visto en el mensaje y en el discurso teológico pentecostal una forma de "adormecer" y de "tranquilizar" la conciencia social de los pobres y de los excluidos. Otros creen que las comunidades pentecostales son sólo simples espacios de "refugio" y de "sobrevivencia" para migrantes que, carentes de lazos sociales y referentes culturales, se sienten extraños en las ciudades que los cobijan. Algunos aún más críticos puntualizan que dentro de las congregaciones pentecostales, por medio de prédicas fundamentalistas y apocalípticas, los pastores "taladran" la memoria colectiva y "secuestran" ideológicamente a los pobres hasta quitarles todo interés y toda preocupación por su presente histórico. Es decir, ven a los pentecostales como personas desinteresadas por los problemas de su entorno inmediato y como individuos "desenchufados" de su realidad concreta. ¿Habrán algo de cierto en todas estas presuposiciones y puntos de vista sobre los pentecostales? ¿Será verdad que los pentecostales tienen una ética social muy pobre? ¿Realmente han perdido la memoria colectiva y viven "secuestrados" ideológicamente?

Lo cierto es que muchos de los estereotipos o puntos de vista tradicionales sobre el movimiento pentecostal quedan en entredicho y un tanto desfasados. Cualquier observador atento a la dinámica social y al proceso de cambio de mentalidad de un creciente número de iglesias pentecostales se da cuenta de que una cosa son los estereotipos, y otra muy distinta la vivencia de la fe y la práctica social cotidiana de los pastores y miembros de muchas de estas iglesias ubicadas en los barrios periféricos de las grandes urbes. Hoy se hace muy difícil aceptar la idea, muy común todavía en ciertos círculos, que los pentecostales son sujetos colectivos socialmente pasivos o políticamente ingenuos, una suerte de justificadores y defensores a ultranza de regímenes autoritarios, una especie de "tontos útiles" al servicio de grupos reaccionarios, o un sector religioso apocalíptico y milenarista que ha optado por diferir su vida al más allá.

Desde su aparición en el escenario religioso mundial hasta nuestros días, la perspectiva teológica y la práctica social de sectores importantes del amplio movimiento pentecostal ha cambiado sustancialmente. Un sector de su liderazgo, más concientizado políticamente y con una sensibilidad social que se manifiesta de muchas maneras, en los últimos años ha ido haciendo una

transición desde una actitud de despreocupación por los asuntos considerados tradicionalmente un tanto "mundanos" y "carnales", como la participación política de los evangélicos, hacia un creciente interés e involucramiento en experiencias colectivas de servicio al prójimo. Es decir, hay una nueva generación de pentecostales más consciente de su ciudadanía y que va dejando atrás las falsas dicotomías que separaban lo individual de lo colectivo, lo personal de lo social, lo religioso de lo secular y lo sagrado de lo profano.

En el presente adelanto de nuestra investigación buscamos demostrar que muchos de los estereotipos que se han difundido sobre el movimiento pentecostal durante los últimos años no siempre se corresponden con la vivencia cotidiana de un apreciable porcentaje de pastores y fieles de estas iglesias. Los casos en estudio son dos experiencias colectivas específicas de comunidades pentecostales en dos espacios sociales concretos del territorio peruano. En primer lugar, la experiencia social de las fieles pentecostales de la región de Ayacucho dentro de las Rondas Campesinas, durante el período de violencia subversiva y represión indiscriminada (1980-1995). En segundo lugar, los proyectos de ministerio integral que expresan una práctica social concreta por parte de varias congregaciones locales de distintas denominaciones pentecostales, localizadas principalmente en los asentamientos humanos o barrios urbano marginales del sur de la ciudad de Lima.

Particularmente, trataremos de demostrar cómo durante los años de violencia política que vivió el país, en medio de un clima de terror que tuvo como protagonistas principales a la subversión armada del partido maoísta, conocido como Sendero Luminoso (SL), y a las fuerzas del orden con sus acciones represivas, fue cambiando significativamente la percepción teológica y la práctica social de un número creciente de pastores y miembros de iglesias pentecostales ubicadas en las zonas más afectadas por la ola de violencia y en los lugares de mayor pobreza crítica. En las líneas que siguen expondremos cómo, dentro de ese contexto de violencia política y de carencia material, ciertos sectores del movimiento pentecostal, al igual que otros sectores organizados de la sociedad civil, fueron tejiendo nuevos espacios de afirmación de la dignidad humana.

Interpretaciones críticas del pentecostalismo

Las explicaciones del crecimiento numérico exponencial del movimiento pentecostal son múltiples. Desde distintos marcos teóricos y desde diversos aparatos conceptuales se ha intentado desentrañar, examinar y descifrar los factores endógenos y exógenos que expliquen porqué las comunidades pentecostales han encontrado mayor receptividad y han crecido de manera "explosiva" o "aluvional" entre los pobres y los excluidos. Veamos, como

ejemplo de estas explicaciones, dos abordajes interpretativos críticos del movimiento pentecostal.

El historiador y educador peruano Wilfredo Kapsoli, vinculado por mucho tiempo a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, hace una década atrás, en un ensayo denominado "La pedagogía del protestante", afirmaba lo siguiente sobre la vida comunitaria de los pentecostales:

Los conversos son bombardeados sistemáticamente con mensajes fundamentalistas y escatológicos. Estos se suministran particularmente en las Iglesias donde la labor del pastor adquiere un papel decisivo. Su autoridad es unánimemente reconocida. No hay duda o cuestionamiento a sus opiniones y mandatos (...) Se autoeducan en sus iglesias y Escuelas Dominicales donde taladran la mente de los niños y adolescentes hasta despojarlos de toda la tradición y memoria colectiva, dispensarles de toda preocupación o iniciativa que tenga que ver con la historia, la sociedad y la política inmediata que en nuestro país se encuentra revuelta y convulsa dramáticamente... (Kapsoli 1988:156, 158).

Años después (1994), buscando explicar porqué las nuevas iglesias crecían rápidamente en diversos contextos, Kapsoli describía en estos términos a los miembros de las comunidades pentecostales:

"Guerreros de la Oración" es como se autocalifican los evangélicos de la denominación Pentecostal. Ellos constituyen una comunidad "caliente" donde la pasión raya con el fanatismo. Al interior recuperan la palabra, la ciudadanía y terminan con un orgullo social hasta decir que "ya no son cualquierita". Son los hijos de Dios, los elegidos. Han "muerto para el mundo y nacido de nuevo". Son hombres que difieren su futuro al más allá, al reino de Dios, donde la vida y la felicidad son eternas... Proclaman la paz y el amor, pero la disidencia, el autoritarismo y la política conservadora no están ausentes en la vida de los pentecostales. Son aspectos subterráneos del movimiento que se escudan con la infalibilidad de la Biblia... Sus miembros son básicamente migrantes andinos que sufren los problemas de la crisis, de la violencia y del desarraigo social... (Kapsoli 1994:14).

En ese mismo año, en una entrevista publicada en el diario *La República* (Lima), Kapsoli manifestó que los pentecostales se caracterizan por ser *fundamentalistas*, por tener una posición *política conservadora* y por asumir una militancia religiosa que podía llegar incluso hasta el *fanatismo* (Alat 1994:21).

Desde otro punto de vista, el antropólogo y sacerdote jesuita Manuel Marzal, profesor de la Universidad Católica de Lima, dentro de un estudio más amplio sobre "los caminos religiosos de los inmigrantes en la gran Lima", describía de esta manera la vivencia de las iglesias pentecostales:

Más dinámico que el proselitismo evangélico es el pentecostal. La razón de fondo está en la mayor emoción con que las denominaciones

pentecostales viven su fe; si un evangélico es un "convencido", un pentecostal es un "entusiasta", y llevados por tal entusiasmo salen a predicar a las calles y otros lugares públicos, visitan las casas repartiendo literatura e invitando a los cultos, recorren los hospitales o visitan a los enfermos en sus casas, ofreciéndoles la curación "si aceptan a Cristo" y hacen cruzadas periódicas en los propios templos o grandes cruzadas interdenominacionales a los que son invitados famosos evangelistas internacionales (Marzal 1989:394).

En esa misma investigación, particularmente cuando se refiere a la ética pentecostal y a la ética de otros grupos religiosos que califica o tipifica como escatológicos (Adventistas, Mormones, Testigos de Jehová e Israelitas del Nuevo Pacto), Marzal precisa:

Se puede afirmar que en las nuevas iglesias, sobre todo pentecostales y escatológicas, aunque se da un desarrollo ético personal verdadero, sin embargo hay una *ética social muy pobre*, debido a una serie de razones... Tales razones son: la insistencia en una conversión "personal" que olvida el contexto social, que debería también transformarse para lograr una conversión duradera; la predicación de un escatologismo inminente, que conduce a cierta relativización de la tarea de transformar el mundo...; la insistencia en el mundo perverso...; la práctica de un intimismo espiritualista, que refleja una experiencia de Dios real, pero que entraña un olvido de la obligación real de transformar el mundo que exige esa misma experiencia de Dios; la condenación del marxismo como mal supremo, sin valorar para nada la justicia de su causa, ni el valor de algunos de sus análisis; y finalmente, la ruptura con la Iglesia católica, no sólo por los viejos motivos de siempre, sino por los nuevos motivos del compromiso social con los pobres que ésta predica hoy en el continente... (Marzal 1989:427-428. Subrayado nuestro).

Casi ocho años después del estudio que estamos citando, en una entrevista a Meche García Belaúnde publicada en el diario *El Comercio* (Lima), Marzal puntualizaba que los pentecostales, además de la conversión personal, *insisten en la sanación* (1996:A13). En esa misma entrevista, cuando se le preguntó porqué los pentecostales crecían en los sectores pobres, Marzal respondió con estas palabras:

Los pentecostales son emotivos y el pueblo lo es. Los pobres son los más abandonados y la falta de atención de la iglesia católica también ha sido motivo de la proliferación de estos nuevos movimientos... (García 1996:A13).

Los dos autores reconocen, ciertamente, aspectos positivos de la vida de las iglesias pentecostales como la recuperación de la *ciudadanía* (Kapsoli) y el *desarrollo ético personal verdadero* (Marzal). Pero si se tiene en cuenta todo lo mencionado por ambos, está claro que para Kapsoli y para Marzal los pentecostales son un sector religioso que "*difiere su vida al más allá*" (Kapsoli) o un sujeto colectivo con una "*ética social muy pobre*" (Marzal). Es decir,

según el punto de vista de ambos autores, los pentecostales tienen un notorio desinterés por su entorno histórico y una marcada despreocupación por los asuntos temporales o profanos.

De esta manera, si se sigue la línea interpretativa propuesta por Kapsoli y por Marzal, tendríamos que concluir que no se puede esperar que entre los pentecostales se dé una preocupación por los problemas reales de esta vida o un serio interés por la transformación social del contexto histórico en el cual ellos viven. ¿Tendrá alguna validez este punto de vista? ¿Será absolutamente cierto que los pentecostales son un sujeto colectivo pasivo en términos sociales y políticos? ¿Todos los pentecostales han diferido su vida al "más allá"? ¿Todos ellos tienen una ética social muy pobre?

Cambios en el horizonte social y político de los pentecostales

En el período 1980-1995 en el Perú se vivió un tiempo de violencia y muerte que afectó a todos los sectores sociales y se expandió por casi las dos terceras partes del territorio nacional. La violencia terrorista de Sendero Luminoso (SL), unida a la no menos violenta represión de las fuerzas del orden, tuvo como trágico resultado la muerte de más de treinta mil ciudadanos en su mayoría campesinos, miles de personas detenidas y desaparecidas, cientos de familias desplazadas y obligadas a emigrar hacia los centros urbanos en busca de refugio, y decenas de ciudadanos inocentes — incluyendo a varios evangélicos — que aún permanecen en prisión acusados injustamente del delito de terrorismo.

Particularmente, durante los años más crudos de la violencia política que puso en jaque a la democracia fueron asesinados alrededor de 600 pastores, líderes y fieles de las iglesias evangélicas dentro de las llamadas "zonas de emergencia". La mayor parte de ellos, aproximadamente el 80%, fueron victimados por Sendero Luminoso, grupo terrorista que vio a los evangélicos como un "poder rival" que se oponía a sus planes de hegemonía en las zonas rurales de Departamentos como Ayacucho (una de las zonas más pobres y más abandonadas del país). Sobre este hecho, el historiador y sacerdote Jesuita Jeffrey Klaiber precisa que

Sendero se dedicó a asesinar sistemáticamente a alcaldes, policías, asesores técnicos y en general a todas las personas consideradas como "explotadores"; pero *parecía manifestar una saña especial hacia los evangélicos*, a pesar de que estos eran pobres y pobladores del lugar. La razón, sin duda, fue que *ellos representaban un poder rival*: su militancia religiosa, su postura contra el alcoholismo y la corrupción tenían una influencia importante en las familias y en las comunidades [campesinas]... (Klaiber 1997:248. Subrayado nuestro).

Durante esos años de violencia y muerte varios templos evangélicos de la convulsionada región de Ayacucho fueron cerrados por la fuerza o por la intimidación, incendiados, destruidos, dinamitados o "incursionados" de manera violenta cuando estaban en reuniones de ayuno y oración. Estas acciones eran realizadas mayormente por las llamadas "columnas" senderistas, y en determinados casos, por las patrullas militares. Cientos de familias campesinas de confesión evangélica fueron forzadas a dejar sus comunidades de origen y a huir en busca de refugio en las ciudades.

La información que hoy tenemos da cuenta de que los evangélicos fueron el sector religioso más afectado durante los años de violencia política, especialmente por la acción terrorista de SL. Como lo ha señalado Klaiber:

El primer grupo religioso que experimentó la violencia de Sendero de una forma sistemática fueron los evangélicos en el departamento de Ayacucho... Los evangélicos de la región [de Ayacucho] se encontraban entre dos fuegos: Sendero y las fuerzas del orden... (Klaiber 1997:247-248).

De manera más general, en estos años de terror afloraron dramáticamente varios de los problemas históricos irresueltos del país. Así, según Samuel Escobar, este período de violencia

sacó a la luz las grandezas y las miserias del alma peruana. Puso a prueba la capacidad de la nación para sobrevivir a las crisis históricas, así como ha sobrevivido a los violentos cataclismos de la naturaleza... (Escobar 1998:13).

Dentro de este contexto de violencia y muerte emergieron nuevos actores colectivos o protagonistas sociales en el escenario peruano, entre ellos los evangélicos. Particularmente, como un sector organizado de la sociedad civil, los evangélicos tuvieron un destacado papel como parte del Movimiento Nacional de Derechos Humanos (López 1997; López 1998).

Más específicamente, los evangélicos pentecostales, sin haberlo diseñado previamente como parte de sus acciones misioneras cotidianas o programado de manera intencional para "ganar más espacio" en el escenario religioso nacional, poco a poco, fueron tomando conciencia de la necesidad de hacer frente a las problemas sociales, políticos y económicos más críticos del país. Así, durante esos años de violencia, varios pastores y fieles de las iglesias pentecostales, sin "discursar" o "palabrear" sobre estos asuntos, hicieron frente a problemas tan agudos como los de la violencia política y la pobreza material extrema en sus respectivos contextos de misión.

1. Los pentecostales y la violencia política

Hace varios años, el historiador Alberto Flores Galindo, refiriéndose a las posibilidades que tenían los campesinos peruanos dentro del escenario de la

violencia, particularmente en la convulsionada región de Ayacucho, señalaba lo siguiente:

Al campesino que no había sido senderista pero que tampoco quería ser montonero, si esperaba conservar su vida, sólo le quedaba huir lo más pronto posible e integrarse a algún barrio de refugiados en Ica o Lima... *a no ser que una fe ciega —como la de algunos evangelistas— ayudara a ese hipotético campesino a permanecer y desafiar todas las tribulaciones consiguientes* (Flores Galindo 1988:405, subrayado nuestro).

Hoy se sabe que denominaciones como las Asambleas de Dios y la Iglesia Pentecostal del Perú son las que tienen mayor presencia misionera en las ciudades y en las zonas rurales en la región de Ayacucho. También se destaca que durante el período de violencia estas iglesias crecieron numéricamente en las zonas más pobres y más convulsionadas de ese Departamento (Aguiló 1994; Degregori 1996; Klalber 1997).

La observación de Flores Galindo hay que contrastarla, por un lado, con el hecho indudable del incremento de la población evangélica en las áreas rurales del Departamento de Ayacucho, y por otro lado, con la mentalidad de los pastores pentecostales. Quien conoce de cerca la mentalidad y la práctica pastoral de los líderes pentecostales sabe que no pudo haber sido una "fe ciega" o un fanatismo exacerbado lo que sostuvo su conducta social dentro del escenario de la violencia, sino más bien el principio bíblico de que el pastor no abandona ni deja a la intemperie a sus ovejas ni al rebaño del Señor. La comprensión pentecostal de este principio clave de la labor pastoral se explica por dos hechos muy relacionados entre sí. En primer lugar, por la convicción pentecostal sobre la acción del Espíritu Santo en la vida cotidiana del creyente, que le da poder para el testimonio y fortaleza para sobrellevar los momentos de sufrimiento. En segundo lugar, porque los pastores pentecostales —que por su extracción social comparten la misma situación de pobreza extrema y la misma lucha diaria por la sobrevivencia que sus feligreses— conocen de manera más cercana las necesidades materiales y espirituales del pueblo y, por ello, participan o los acompañan en sus diversos esfuerzos colectivos por afirmar su dignidad humana.

Parte de las convicciones del pastor pentecostal se expresan en la letra de una canción (ritmo de huayno) que con frecuencia se entona en los cultos de las congregaciones evangélicas de la sierra peruana:

Servir a Cristo es mi decisión
Llevando siempre el evangelio
bajo la lluvia, bajo la escarcha,
bajo el granizo, sobre la nevada.

Mi Jesucristo es mi Buen Pastor
que no descuida a sus ovejas
aunque se pierda una de ellas
El da su vida por encontrarlas.

Lo mencionado hasta aquí tiene cierta relación con un estudio realizado por el sociólogo y sacerdote jesuita Federico Aguiló, profesor de la Universidad Mayor de San Simón (Cochabamba, Bolivia). Cuando este sacerdote católico se refiere a la práctica misionera de los pentecostales en las zonas rurales de Ayacucho durante los años más críticos de la violencia política, expresa lo siguiente:

Mi paso por la Universidad de Huamanga [Ayacucho] me permitió ser testigo de dos fenómenos sociales... El primer fenómeno puede tipificarse como la muerte lenta y planificada de la Universidad de Huamanga... El segundo fenómeno observado en Ayacucho es *la excepcional acogida experimentada por las llamadas Asambleas de Dios* [iglesias pentecostales], *durante y después de Sendero [Luminoso], con abundante cosecha de conversiones...* Es fácil calificar a las Asambleas de Dios — desde la trinchera católica— como sectas oportunistas. Y algo de esto ocurrió, pues el clima de terror vivido por los campesinos en esos años era como una clara señal del fin del mundo. No faltan testimonios orales y escritos de su discurso: Si no te conviertes, vendrá Sendero y te quemará tu casa y tu chacra. Tus animalitos morirán de gusanos y de hambre. Vendrá la ruina a tu casa. En cambio si te conviertes, no llegará el *sasachakuy* y estarás libre, con la Palabra de Dios en tu casa. En boca del campesino quechua el *sasachakuy* es el tiempo de violencia de Sendero y el Ejército... (Aguiló 1994:38, 40, subrayado nuestro).

Hasta aquí todo parece indicar que Federico Aguiló está criticando únicamente el "oportunismo" misionero de los pentecostales, dentro del clima de terror que se vivió en Ayacucho; pero no es así. Aguiló hace también un balance crítico de la práctica pastoral católica durante esos años:

Pero hay también otra historia que los católicos, con la mano en el pecho, tenemos que aceptar y de la cual tenemos que sentirnos pecadores... Durante diez años, la expansión de Sendero Luminoso en las zonas rurales del departamento y el desencadenamiento de la guerra sucia por parte del Ejército y la Marina en la Provincia de Huanta dejaron al campesino quechua desprotegido y a la intemperie (....) Doloroso tener que reconocerlo, pero *en Ayacucho —según testigos del campo y de la ciudad— parroquias y conventos pusieron candado a sus puertas ante la embestida del terror urbano y rural, y las visitas pastorales a las comunidades campesinas disminuyeron hasta desaparecer...* Es en esta coyuntura cuando comenzaron a caminar las llamadas Asambleas de Dios. Y la pregunta ronda inevitable: ¿Quién —sino el único Dios— les daba valor a las Asambleas de Dios para infiltrarse en territorio cruelmente disputado por Sendero y el Ejército?... (Aguiló 1994:41-43, subrayado nuestro).

Aguiló termina su análisis de la presencia misionera y la práctica pastoral pentecostal, puestas en contraste con la actitud de los pastoralistas católicos,

con la siguiente pregunta bastante sugerente: *¿dónde estaba el pastor católico cuando el lobo dispersaba el rebaño?* (1994:43). El contraste entre las dos formas de hacer frente a la situación de violencia es muy claro: mientras los pastores católicos "pusieron candado" a sus templos y se retiraron a lugares más seguros hasta que la tormenta y la ola de violencia se calmara, los evangélicos permanecieron en ese espacio social en situación bastante crítica sin abandonar a su rebaño y captando nuevos adherentes para sus iglesias. Es decir, mientras la gran mayoría de los sacerdotes y los agentes pastorales católicos "optaron" por su propia seguridad y se refugiaron en las ciudades, los pastores evangélicos optaron por acompañar al rebaño y se quedaron en el campo que, según Aguiló, *era un territorio cruelmente disputado por Sendero y el Ejército*.

Casi en la misma línea interpretativa de Aguiló, particularmente respecto al abandono del área rural en la región de Ayacucho por parte de los sacerdotes católicos, Klaiber relaciona este hecho con el crecimiento numérico de las iglesias evangélicas en esos espacios sociales en situación crítica:

Debido en parte a la ausencia casi total de sacerdotes, en el campo alrededor de Ayacucho habían surgido muchas pequeñas iglesias evangélicas, la mayoría pentecostales... (Klaiber 1997:247).

Es muy cierto que durante los años de violencia política el número de fieles de las iglesias evangélicas en el Departamento de Ayacucho creció significativamente (entre ellas las iglesias pentecostales), mayormente en las provincias más afectadas por el enfrentamiento armado entre Sendero Luminoso y las Fuerzas del Orden (Hinojosa 1995:49; Degregori 1996:20, Klaiber 1997:247). Más aún, ahora que muchas familias desplazadas por causa de la violencia están retornando a sus comunidades de origen, poco a poco, se va descubriendo que en varias de estas comunidades campesinas el número de creyentes evangélicos se ha incrementado notoriamente. Este solo hecho da a entender que un porcentaje muy alto de aquellos que retornan son ahora de confesión evangélica, lo que implica que, indudablemente, se ha dado un cambio de lealtad religiosa en lugares y zonas anteriormente dominadas por la Iglesia Católica Romana.

Sin embargo, más allá del crecimiento numérico de los evangélicos, lo que interesa subrayar es la presencia permanente de los miembros de estas iglesias en las zonas críticas de violencia armada. Especialmente la manera en que los pastores pentecostales comprendieron su papel de acompañamiento a la grey en el tiempo de violencia que les tocó vivir. ¿Quién puede dudar del efecto pedagógico que tuvo este hecho para los fieles pentecostales? ¿No es ésta una forma muy concreta de comprometerse con el presente histórico y de expresar que sí existe una ética social? En efecto, la transformación social en esta región dominada por un clima de terror y muerte comenzó por esos compromisos personales y colectivos, es decir, por la voluntad de muchos pastores y fieles pentecostales de permanecer en un espacio geográfico en el

que lo más "aconsejable" y "sensato" para muchas personas era huir en busca de refugio hasta que pasara la ola de terror. De esta manera, la derrota de Sendero Luminoso en la región de Ayacucho, antes que ser un logro exclusivo de las fuerzas militares o de la estrategia "brillante" de sus altos mandos, fue más bien el resultado de diversas acciones colectivas de sectores organizados de la sociedad civil, dentro de las cuales tuvieron una destacada participación los campesinos organizados en las Rondas Campesinas o Comités de Defensa Civil, conocidos comúnmente como "ronderos".

Hasta donde se conoce por diversos medios orales y escritos, varias de estas Rondas Campesinas o Comités de Defensa Civil estuvieron dirigidas por "comandos" evangélicos, particularmente en el Valle del Apurímac. En palabras de Carlos Tapia:

Muchos de los históricos "comandos", es decir, los responsables militares de los comités de autodefensa campesina, fueron y son evangélicos... (1994:23).

Según Tapia, este movimiento de autodefensa campesina que luchó contra la subversión armada fue básicamente *gestado, orientado y conducido por los feligreses de las iglesias evangélicas* (1994:23). El "choque" armado se dio principalmente entre los senderistas y los adherentes a la iglesia pentecostal (1994:23).

Sobre este asunto de la presencia evangélica en las Rondas Campesinas en las llamadas "zonas de emergencia" el historiador Ponciano del Pino, investigador vinculado a la Universidad Nacional San Cristobal de Huamanga (Ayacucho), ha precisado lo siguiente:

en el Apurímac las iglesias evangélicas, especialmente las pentecostales, han jugado un papel muy importante en la lucha contra SL [Sendero Luminoso]. En una realidad social plagada de pobreza y enfermedades, entre una población de migrantes andinos, en parte desarraigada de sus antiguas comunidades, los evangélicos recrearon horizontes utópicos... (del Pino 1996:118).

Ponciano del Pino describe también lo que, según su punto de vista, fue el marco ideológico o el referente doctrinal que actuó como catalizador para que los pentecostales se enfrentaran a Sendero Luminoso. En su opinión:

Desde 1984 la Iglesia Evangélica Pentecostal comenzó a crecer con gran fuerza. Su mensaje: se vivían tiempos apocalípticos, vísperas de la segunda venida del Espíritu Santo. Era necesario y urgente "elegir el camino de vida", el "verdadero cristianismo" para asegurar la salvación y la vida eterna. Para SL resultó muy difícil doblegar a estas comunidades, por lo que procedió a combatirlos. Los evangélicos elaboraron entonces una respuesta ideológica, que se tradujo en acción práctica: para el juicio final, la tierra debía quedar limpia de "demoníacos". Por eso era necesario, bajo la protección de Dios, luchar contra las fuerzas del mal. De esta forma, la

represión sangrienta de SL encontró como respuesta la acción armada de los evangélicos y la guerra política se convirtió en cierta medida en guerra religiosa, pues los evangélicos no se imaginaban combatiendo contra un enemigo común y corriente, sino contra el propio Anticristo... (del Pino 1996:118).

Específicamente, para del Pino el enfrentamiento entre los evangélicos (incluyendo a los pentecostales) y Sendero Luminoso se explica en realidad por una "contraposición" o desencuentro ideológico entre ambos grupos:

SL y los evangélicos se enfrascaron... en una lucha por la conquista de los excluidos y los desamparados... Ambos llegaron al valle [del Apurímac] a conquistar los corazones y las almas de los menesterosos: SL ofreciendo la revolución, los evangélicos el paraíso. Para alcanzar la meta se necesitaba, según SL, la "guerra popular prolongada"; según los evangélicos, la "arribación" apocalíptica, es decir, el juicio final. La guerra completó la contraposición ideológica: para SL matar a los evangelistas era acabar con los "traidores del pueblo", los *yanaumas*; para los evangélicos, enfrentar a SL era luchar contra los demoníacos, contra el Anticristo. Ambos dispuestos a morir por sus libros sagrados: los senderistas por el pensamiento de Gonzalo y los hermanos por el Evangelio. Triunfaron los evangélicos (del Pino 1996:167).

Está claro entonces que la manera en que los evangélicos interpretaron las acciones de violencia de Sendero Luminoso (SL) contra los ciudadanos que profesaban la fe evangélica y contra los templos donde congregaban explica porqué ellos se integraron a las Rondas Campesinas y lucharon junto con otros campesinos no evangélicos para terminar con la ola de terror que este partido maoísta había iniciado en los primeros meses de 1980. En esta lucha, los aspectos ideológicos se tradujeron en acciones prácticas para terminar con el "enemigo". Es decir, mientras SL trató de eliminar a los evangélicos por considerarlos como un estorbo para sus planes de hegemonía y como sus competidores en términos ideológicos en las zonas rurales, los evangélicos buscaron acabar con los "terrucos" de SL, pues vieron en esta agrupación terrorista y en su práctica de muerte una clara manifestación del Anticristo.

Ciertamente, la forma militante como los pentecostales asumen su fe y su compromiso religioso es también un factor que ayuda a explicar tanto la forma disciplinada como la cohesión con la cual hicieron frente a la adversidad y al enemigo común. En el caso que estamos analizando, ellos se vieron a sí mismos como el "ejército" que Dios había levantado para terminar con los "terrucos", como los "instrumentos" del Señor para acabar con aquellos que no respetaban la vida de otros seres humanos, como los "elegidos" de Dios para poner fin a tantos años de terror y sufrimiento para las comunidades campesinas de las cuales ellos también formaban parte.

En este enfrentamiento armado, mientras los senderistas estaban dispuestos a entregar su vida por la "revolución" y por el "presidente Gonzalo", los pentecostales estaban dispuestos a morir por su fe y por su

Señor. Esto explica porqué cuando Sendero Luminoso trató de controlar mínimamente la vida personal y colectiva de los campesinos, incluyendo las prácticas religiosas, se encontró con un poder rival, un adversario duro de vencer que le salió al encuentro para decirle que ellos no podían servir a "dos señores". De esta manera, el fundamentalismo ideológico de los subversivos se confrontó cara a cara con una propuesta ideológica alternativa que desafió abiertamente la pretensión de hegemonía de Sendero Luminoso. Los evangélicos, convencidos de que Dios estaba de su lado, encontraron en esa fe la fuerza necesaria para resistir el adoctrinamiento senderista, para organizarse y defender sus convicciones religiosas y, finalmente, para ganarle la guerra a Sendero Luminoso.

Las Rondas Campesinas fueron entonces el vehículo social dentro del cual los evangélicos expresaron y canalizaron su apuesta por la vida dentro de un escenario social en el que tanto los senderistas como los militares, con sus prácticas de terror y represión indiscriminada, despreciaban el derecho a la vida de miles de indefensos ciudadanos, principalmente campesinos. En efecto, esta práctica social de los evangélicos pentecostales en la región de Ayacucho desdice y pone en tela de juicio las varias interpretaciones tradicionales y los estereotipos sobre la conducta colectiva de este sector religioso.

En fin, los evangélicos, y entre ellos los pentecostales, tuvieron un papel destacado dentro del proceso de pacificación del país. La participación de los pastores y los feligreses pentecostales como integrantes y "comandos" de las Rondas Campesinas fue muy significativa para la derrota de SL en la región de Ayacucho.

La experiencia de los ronderos evangélicos en la región de Ayacucho fue una de las formas concretas en la cual los pastores y miembros de estas iglesias expresaron su preocupación por la realidad de violencia política que se vivió en el país. Hay que señalar también que, en un nivel más amplio, los evangélicos representados por el Concilio Nacional Evangélico del Perú (CONEP) tuvieron una participación muy destacada en la defensa de la vida y dignidad humanas como integrantes del Movimiento Nacional de Derechos Humanos (López 1997; López 1998). Ellos denunciaron por igual tanto las atrocidades del senderismo como las violaciones a los Derechos Humanos cometidas por miembros de las fuerzas del orden. En palabras del sacerdote católico Jeffrey Klaiber: *...los evangélicos también lucharon y murieron por su idealismo cristiano* (1997:278).

2. Los pentecostales y la lucha contra la pobreza

Durante los años de violencia política los pentecostales, como parte de la sociedad civil, buscaron atender también las necesidades materiales de los pobres y los excluidos, y se embarcaron en varias experiencias colectivas de servicio al prójimo. En ese período crítico surgieron diversas iniciativas locales, ya sea con recursos propios o con el apoyo de agencias evangélicas de servicio social como Compasión Internacional-Perú. En todos estos proyectos de ministerio integral orientados a servir a las personas que viven en una

situación de extrema pobreza se atendieron —y se atienden hasta hoy—, de múltiples formas, las necesidades humanas básicas de alimentación, salud y educación de los niños y sus familias. El marco teológico desde el cual actuaron y aún continúan actuando fue la perspectiva que enfoca la misión de la iglesia como misión integral.

Las acciones sociales de varias de las iglesias pentecostales ubicadas en las zonas periféricas o marginales de las grandes ciudades no son simples proyectos de asistencialismo barato, o formas de "entretener" y "adormecer" a los pobres para que éstos se olviden de sus problemas sociales y de sus necesidades económicas más agudas. Más bien, son acciones de servicio social que tienen como horizonte común afirmar el valor de la vida humana y ampliar los espacios de solidaridad dentro del mundo de los pobres. En un sentido más amplio, la práctica social de las iglesias pentecostales se vincula con la experiencia colectiva de organizaciones populares como los clubes de madres, los "comités de vasos de leche", los comités vecinales o los comedores populares. En el interior de estos espacios democráticos de participación ciudadana, generados y conducidos mayormente por las mujeres de los barrios urbano marginales, se vienen gestando nuevas formas de hacer política desde la base.

Precisamente, respecto a la contribución de las organizaciones populares de base para la afirmación de la vida democrática en el país, el jurista Diego García Sayán ha expresado lo siguiente:

Si en el Perú hablamos hoy de democracia, tenemos que partir de reconocer que lo que hay de ella es algo mucho más rico y dinámico que lo surgido en elecciones periódicas. Por debajo bulle una realidad social en la que las propias estrategias de supervivencia de la población generan formas de organización que día a día construyen y afirman la democracia en el país. He allí el extraordinario papel de los comedores populares, de los comités de vasos de leche, de las asociaciones de pobladores y de las comunidades y rondas campesinas. Son todas formas que "desde abajo" hacen frente a los problemas del día, ante las ineptitudes y limitaciones del Estado (García 1988:18).

A la luz de lo que se viene señalando, se puede decir que los evangélicos (entre ellos los pentecostales), siendo una minoría religiosa respetable y creciente en el país, tienen un espacio ganado en la sociedad civil, hecho que se explica por las diversas acciones sociales realizadas por este sector religioso en los últimos años. Hoy en día los evangélicos ya no son vistos como "extraños" o como ciudadanos de "segunda clase", sino como un sector social organizado que tiene un gran potencial para movilizar a muchas personas. En palabras de Carlos Landeo:

Las iglesias evangélicas forman parte desde hace ya buen tiempo de nuestra realidad y representan una manera de ser peruano en nuestros días. Quienes no somos evangélicos tenemos casi con seguridad amigos o familiares que sí lo son... (Landeo 1993:16, subrayado nuestro).

Una forma de "ser peruano" en este tiempo de predominio de una política económica neoliberal, con todas las consecuencias sociales negativas que se derivan de la aplicación de sus postulados (particularmente para los miles de hogares que no tienen los recursos suficientes para "sobrevivir" por sí mismos) pasa por ayudar a los pobres y los excluidos en sus necesidades humanas básicas de alimentación y salud. Teniendo en cuenta estos agudos problemas que afectan a muchos hogares pobres, varias iglesias pentecostales situadas en los barrios urbanos marginales tienen una práctica concreta de servicio al prójimo que busca un cambio sustancial en la dinámica social de las familias que viven en una situación de extrema pobreza. Es decir, los proyectos de servicio social de las iglesias pentecostales tienen como horizonte una transformación integral de las relaciones humanas y del contexto familiar y social de las personas involucradas en estos espacios de afirmación de la dignidad humana.

Un porcentaje significativo de los centros de misión integral dirigidos por las iglesias pentecostales están vinculados a Compasión Internacional, una entidad evangélica de origen norteamericano que se caracteriza por orientar su trabajo hacia los sectores más golpeados por la crisis económica. Algo más del 50% de los proyectos de misión integral apoyados por esta entidad evangélica están ubicados en iglesias locales afiliadas a las distintas denominaciones del amplio universo pentecostal (Asambleas de Dios, Iglesia de Dios del Perú, Iglesia Evangélica Pentecostal del Perú, Iglesia de Dios Movimiento Internacional, Movimiento Evangelístico Misionero). Todos estos proyectos están localizados en las zonas de mayor pobreza crítica de Lima y el Callao. En estos lugares, las familias que viven en una situación de extrema pobreza esperan que alguien les extienda la mano para resolver, hasta cierto punto, sus urgentes problemas en las áreas de salud, alimentación y educación.

Las iglesias pentecostales que trabajan en "sociedad" con Compasión Internacional tienen como propósito apoyar especialmente a los niños en riesgo y a los adolescentes que provienen de familias pobres, particularmente en áreas muy descuidadas por la "política social" del Estado como la salud, la alimentación y la educación. De esta manera, se busca construir nuevas relaciones sociales y espacios de convivencia humana caracterizados por valores cristianos como la solidaridad y la igualdad de oportunidades, dentro de un clima social en el cual los niños y los adolescentes tienen muy pocas posibilidades de desarrollarse plenamente como seres humanos.

En los centros estudiantiles y en las cunas-jardines, que funcionan en las iglesias pentecostales como eje medular del programa de estudios, se lleva a cabo el Programa Escuela Alternativa (PEA). Este Programa tiene como propósito que los niños y adolescentes se desarrollen integralmente y asimilen nuevos patrones de conducta personal y colectiva. En palabras de Compasión Internacional:

[PEA] es un programa de desarrollo del niño y del adolescente, que es una propuesta educativa complementaria y alternativa a la tradicional. Por ello, en este programa se promueve una educación acorde a las necesidades del niño y del adolescente teniendo en cuenta su realidad, reproduciendo una cultura con valores bíblicos. Asimismo se le capacita a pensar y actuar creativamente promoviendo su autoestima, identidad, construyendo una capacidad crítica y autocrítica, útiles para interpretar y transformar su realidad... (Compasión Internacional-Perú 1998:2).

Esta propuesta educativa complementaria y alterna a la educación que niños y adolescentes reciben en las escuelas nacionales o particulares tiene un enorme potencial para cambiar sustancialmente la conducta personal y social de muchas familias. En otras palabras, frente a un contexto histórico en el cual predominan los valores promovidos por la sociedad de consumo o la cultura del mercado, donde la competencia y el éxito a toda costa se presentan como los fines supremos de la vida, los centros estudiantiles y las cunas-jardines auspiciadas por Compasión Internacional enseñan valores cristianos como la justicia, la paz, la dignidad humana, la solidaridad, el amor al prójimo, la libertad.

La importancia de este Programa de Escuela Alternativa está en el hecho de que se le enseña a los niños y adolescentes otros valores y criterios para las relaciones sociales, particularmente dentro de un medio en el cual abundan problemas sociales como la inestabilidad de los hogares, el incremento del índice de divorcios, la violencia familiar, el maltrato infantil, las niñas-madres, los niños de la calle, los niños trabajadores, las pandillas juveniles, las llamadas "barras bravas", la drogadicción y el alcoholismo, entre otros. Esto es sumamente valioso, además, porque brinda otros referentes de conducta personal y colectiva tan necesarios, especialmente en este tiempo donde los principios morales y éticos parecen "pasadistas" frente a los "principios" promovidos por la sociedad de consumo.

Pero no se trata únicamente de un trabajo con niños y adolescentes. La relación con sus familiares, especialmente con sus padres, viene a ser otra de las tareas asumidas por las iglesias pentecostales. De este modo, se procura acompañar a las familias en sus necesidades materiales, sociales, afectivas y espirituales. Este interés particular por la salud integral de las familias ha llevado a acciones tan poco comunes para las iglesias pentecostales como la defensa de los derechos del niño y del adolescente en situaciones muy críticas, como el maltrato infantil o casos de violación. De esta manera, la cuestión iglesia-mundo, que tanto ha afectado la conducta social de los evangélicos, tuvo que ser reexaminada a la luz de una nueva realidad misionera. Esta nueva realidad misionera forzó a las iglesias pentecostales a entrar en contacto con otros sectores de la sociedad civil y a realizar acciones comunes con entidades no evangélicas dedicadas a la defensa de los derechos de los niños, uno de los segmentos sociales más desprotegidos por la política social del Estado. Todo esto presupone que los pastores y líderes pentecostales tuvieron que aprender a conocer, por un lado, el contenido de los instrumentos internacionales y las leyes y dispositivos nacionales que afirman, promueven, defienden y garantizan los derechos de niños y

adolescentes; por otro, la dinámica de trabajo propia de la lucha por la defensa de los derechos de los más débiles.

En suma, los centros estudiantiles y las cunas-jardines que funcionan en las iglesias pentecostales no son simples lugares de refugio o "despensas" donde los padres "depositan" por varias horas cada día a sus hijos, sino lugares en los cuales se afirma, promueve y defiende la dignidad intrínseca de todos los seres humanos como creación de Dios. ¿Quién puede dudar que acciones sociales como alimentar, cuidar la salud y proveer una educación alternativa para los niños y adolescentes no son tareas relacionadas con la defensa de los Derechos Humanos y con los Derechos del Niño? ¿Quién puede dudar que la preocupación por la salud integral de la familia no constituye también una forma concreta de afirmar la dignidad de todos los seres humanos como creación de Dios? Lo cierto es que todas estas acciones colectivas de las iglesias pentecostales son otras formas no tradicionales de compromiso social y de práctica política desde las bases.

Conclusiones

Muchos cambios se han venido dando durante los últimos años en la conducta colectiva de pastores y fieles de muchas iglesias pentecostales ubicadas en las zonas afectadas por la violencia política y en las áreas de mayor de pobreza crítica. Esto exige que los estereotipos tradicionales sobre la "oferta religiosa" de un sujeto colectivo como el movimiento pentecostal sean examinados y repensados a la luz de lo que viene ocurriendo en su horizonte social y político.

A partir de la discusión que hemos planteado ha quedado claro que los pentecostales no son unos "despistados" sociales, un sector religioso "ahistórico" o un movimiento "desenchufado" de su marco temporal específico, como todavía algunos siguen creyendo. La práctica social concreta de un creciente número de pastores y creyentes vinculados a varias iglesias locales de diferentes denominaciones pentecostales demuestra que ellos tienen un creciente interés por los asuntos "temporales", por la realidad nacional, por los problemas sociales y por la vida política. Es decir, la vivencia comunitaria y la dinámica social de varias de estas iglesias, conformadas mayormente por personas pobres y marginadas, ha cambiado sustantivamente durante los últimos años.

En ese sentido, se puede afirmar que las acciones sociales de los pastores y fieles de varias iglesias pentecostales localizadas en las zonas de pobreza extrema tienen como horizonte común la promoción y defensa de la dignidad de todos los seres humanos como creación de Dios. Es decir, se viene dando un cambio de mentalidad en el universo pentecostal cuyo resultado final para la transformación social de nuestros pueblos no se puede predecir con certeza. Lo que sí se puede asegurar, cualquiera sea la opción social y política por la que se oriente su peregrinaje en los próximos años, es que este hecho

tendrá mucha significación, no sólo para el campo religioso, sino también para las otras dimensiones del presente histórico.

Bibliografía

Alat

1994 "Guerreros de la Oración, Tercer Sendero: Vivimos una guerra religiosa en marcha", *La República*, Lima, 9 de abril de 1994, p. 21.

Compasión Internacional-Perú

1998 *Programa escuela alternativa (PEA)*, Lima.

Degregori, Carlos Iván

1996 "Ayacucho, después de la violencia", en Carlos Iván Degregori, *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, IEP, Lima, pp. 15-28.

del Pino, Ponciano

1996 "Tiempos de guerra y de dioses: Ronderos, evangélicos y senderistas en el valle del río Apurímac", en Carlos Iván Degregori, *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, IEP, Lima, pp. 117-188.

Escobar, Samuel

1998 "Prólogo", en Darío López, *Los evangélicos y los Derechos Humanos: La experiencia social del Concilio Nacional Evangélico del Perú 1980-1992*, CEMAA, Lima, pp. 13-14.

Flores Galindo, Alberto

1988 *Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes*, Editorial Horizonte, Lima.

García Belaúnde, Meche

1996 "En el nombre del padre: Entrevista al padre Manuel Marzal", *El Comercio*, Lima, 6 de setiembre de 1996, A13.

García Sayán, Diego

1988 "Presentación", en Diego García Sayán (ed.), *Democracia y violencia en el Perú*, Centro Peruano de Estudios Internacionales, Lima, pp. 11-18.

Hinojosa, Norma

- 1995 "Violencia y Desplazamiento en los Andes del Perú", en Humberto Flores y otros, *Hacia una teología evangélica indígena*, CEMAA, Lima, pp. 35-50.
- Kapsoli, Wilfredo
- 1988 "La pedagogía del protestante", en Wilfredo Kapsoli, *Peruanistas contemporáneos I: Temas, métodos y avances*, CONCYTEC, Lima, pp. 152-158.
- 1994 *Guerreros de la oración: Las nuevas iglesias en el Perú*, Servicio Ecuménico de Pastoral y Estudio de la Comunicación (SEPEC), Lima.
- Klaiber, Jeffrey
- 1997 *Iglesia, dictaduras y democracia en América Latina*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Marzal, Manuel
- 1989 *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la gran Lima: El caso de El Agustino*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Landeo, Carlos
- 1993 "Los evangélicos y la violencia. El fuego y la fe". *Ideéle*, no. 58 (noviembre), pp. 16-17.
- López, Darío
- 1997 *A Critical Evaluation of the Theology of Mission of the National Evangelical Council of Peru (CONEP) from 1980 to 1992, with Special Reference to its Understanding and Practice of Human Rights*, PhD Thesis, Oxford Center for Mission Studies.
- 1998 *Los Evangélicos y los Derechos Humanos: La experiencia social del Concilio Nacional Evangélico del Perú 1980-1992*, CEMAA, Lima.
- Tapia, Carlos
- 1994 "Adiós a las armas: La guerra del fin del mundo", *La República*, Lima, 25 de octubre de 1994, p. 23.